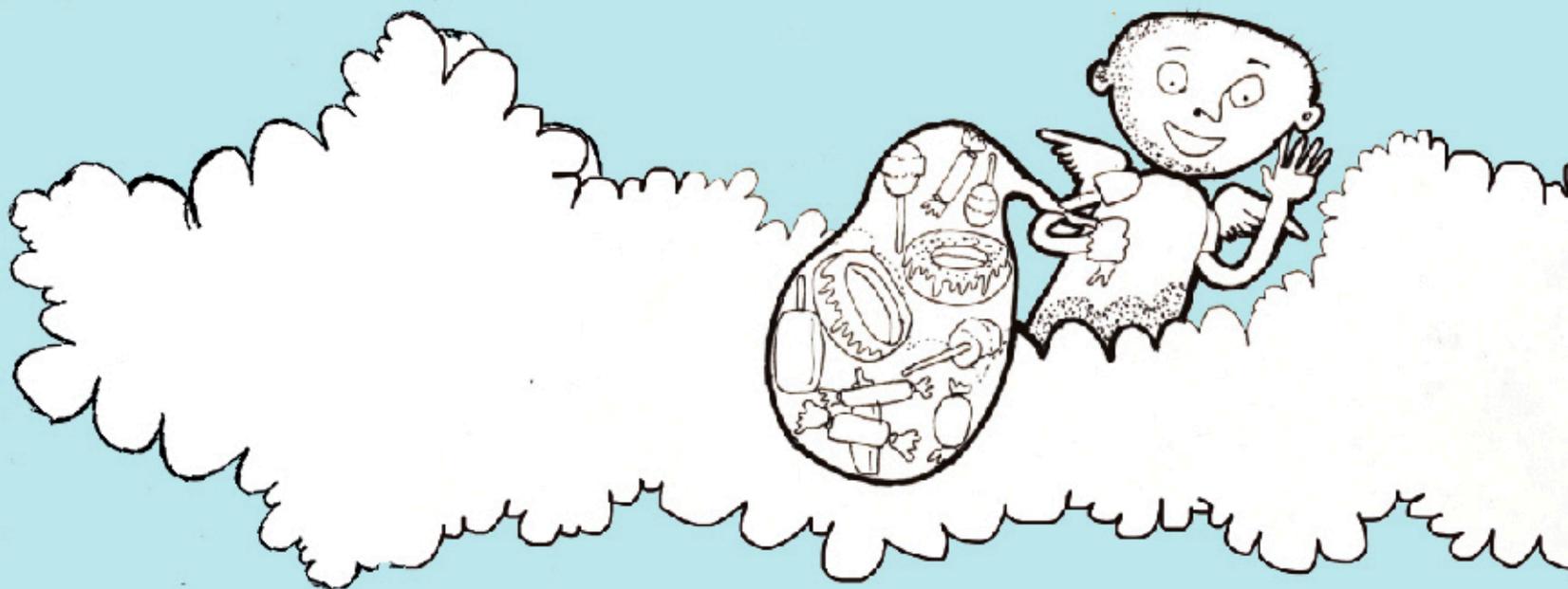


7-11
años

serie
El gallo pelón

COLECCIÓN
Caminos del SUR

Un regalo para Coqui y otros cuentos



Magdalena Calvo de Sosnowsky
Ilustrado por Henry Rojas

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial



elperroylarana



© Magdalena Calvo de Sosnowsky
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2016
Centro Simón Bolívar,
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (58-0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Editorialelperroylarana
Twitter: @perroyranalibro

Ilustraciones

© Henry Rojas

Edición: Edgar Abreu

Corrección: Jenaro Rueda

Diagramación: Henry Rojas

Hecho el depósito de ley
Depósito legal
ISBN 978-980-14-3311-8



Un regalo para Coqui y otros cuentos

Magdalena Calvo de Sosnowsky
Ilustrado por Henry Rojas

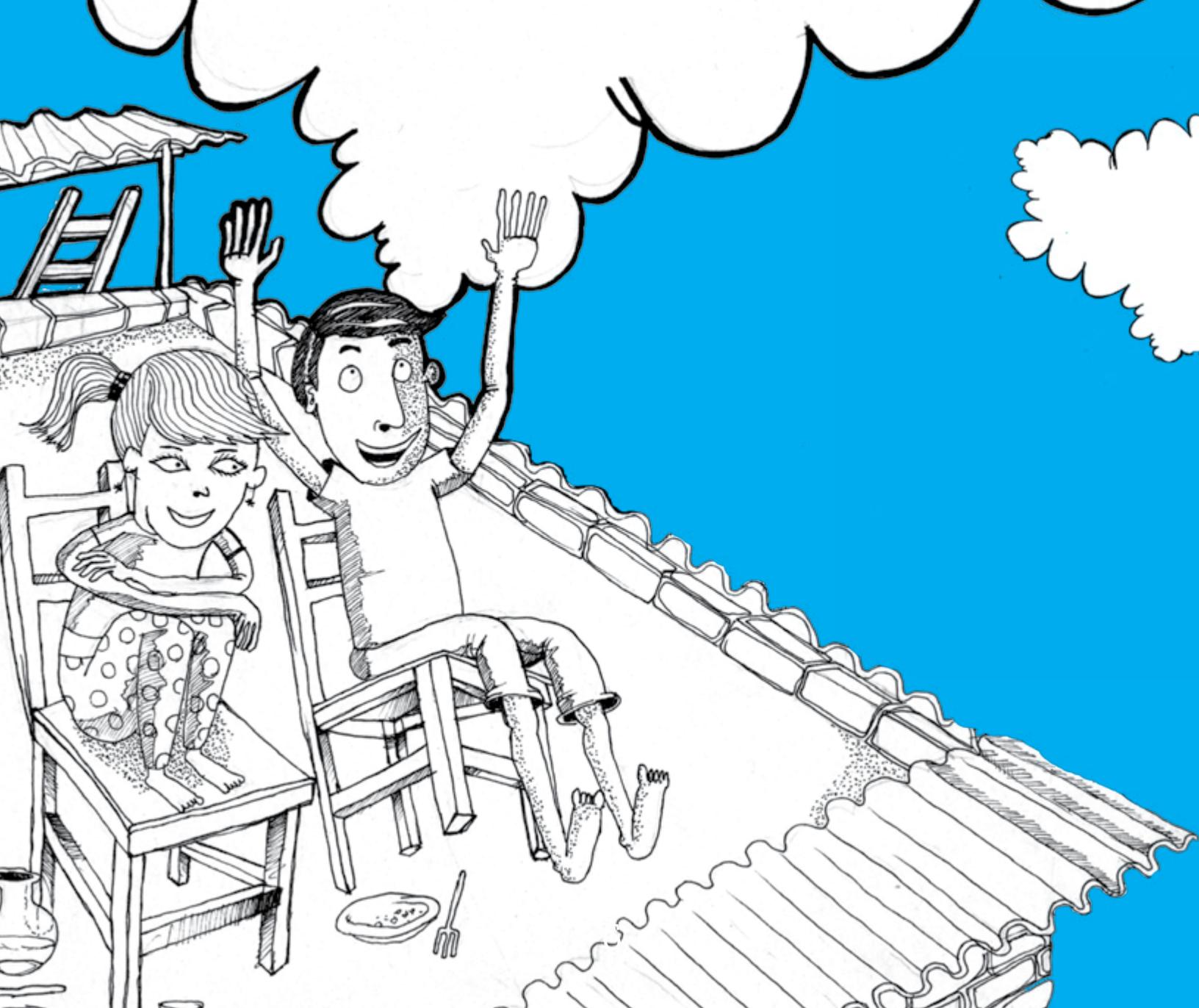


Colección Caminos del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

El gallo pelón es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

Los siete mares es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.



El niño que visitó el cielo

Marita le preguntó a Ethan:

—¿Es verdad que visitaste el cielo?

—Sí —le contestó.

—¿Y cómo es?

—Te invito a subir al techo de mi casa esta noche para contártelo
—repuso él.

Ignorando la cara de asombro que puso Marita, Ethan le propuso verse a las seis de la tarde en su casa, con la advertencia de venir sola y decirle a su mamá que fue invitada a una piyamada.

Puntualmente, a la hora señalada, Marita tocó la puerta del cuarto de Ethan, quien estaba esperándola. Ethan vivía en una casa antigua muy linda. Tenía un cuarto superior donde por horas se encerraba a jugar, a leer y a dibujar. Desde que salió del hospital, ese cuarto se había convertido en su lugar favorito y los fines de semana sus amigos y él se reunían a contar historias de misterio. Allí había una escalera camuflada que conducía hasta el techo.

Ethan y Marita subieron por la escalera con una cesta llena de jugos, frutas y pancitos de guayaba, los favoritos de Ethan; su mamá se los preparaba todas las semanas. Cómodamente sentados, comieron y Marita comentó:

—Nunca había conocido a nadie que hubiera visitado el cielo.

Ethan comenzó diciendo que para contar su viaje al cielo era necesario esperar que la noche se pusiera totalmente oscura.

Ambos se recostaron en sus sillas, contemplando en silencio cómo el sol se ponía lentamente y la luz se escapaba, y todo se hacía cada vez más y más oscuro. Cuando el último rayito de luz desapareció, Ethan comenzó su relato y Marita estaba en silencio escuchando sus palabras en medio de la oscuridad:

—Llegar al cielo es como este momento. Todo al inicio es oscuro, muy pero muy oscuro. No sientes miedo y yo dejé de sentir ese fuerte dolor que tenía en el hospital. Caminé y caminé no sé por cuánto tiempo, hasta que unas luces brillantes aparecieron frente a mí, tal y como hacen en este momento esas estrellas en el cielo. Me di cuenta de que ya no estaba enfermo. Seguí una suave voz que repetía mi nombre desde lejos y vi cómo las luces brillaban intensamente, hasta formar un túnel muy profundo que me señalaba el camino a seguir. Me sentí

tranquilo y al fondo del túnel logré ver una silueta de un viejito con barba blanca y espesa, que estaba esperándome. Me tomó de las manos y sentí que lo conocía de toda la vida. Me fui caminando con él y me dijo:

“Ethan, yo soy tu abuelo. Al estar aquí, quiero enseñarte lo hermoso que es el cielo. Todos me llaman Carpintero”.

—El primer lugar que visité con el abuelo —prosiguió Ethan— fue la isla del Siempre Jamás. Allí todo era mágico. Si pensaba en una merengada de vainilla, de la nada aparecía una bandeja flotante frente a mí con un vaso enorme de merengada, adornada con fresas. Le pregunté al abuelo Carpintero si en el cielo había mercados, y me dijo que no. En el cielo las cosas se creaban con los pensamientos. Luego me llevó a otras tierras lejanas. Fue divertida la forma como llegamos allí. El abuelo me pidió que cerrara los ojos y pensara intensamente



en unicornios y gnomos. Cuando lo hice ¡sorpresa!, allí estábamos. El cielo era bien distinto a la Tierra. Pude hablar con Filiberto, el rey de los gnomos; vestía elegantemente, llevaba un sombrero grande, puntiagudo, y sus botas montañeras eran hechas con hojas de color caramelo, adornadas con patas de lagartija. Filiberto me invitó a conocer el País de los Unicornios; él tenía allí grandes amigos. Los unicornios resultaron ser muy inteligentes y conversadores. En especial recuerdo a Sublime; era un unicornio de color azul, con ojos amarillos muy intensos, llenos de una luz tenue que el abuelo llamaba la luz del amor y la salud. A Sublime le encantaba montarme en su lomo para llevarme a las Montañas de Las Piedras Preciosas: pasábamos por el Bosque de los Gnomos, cruzando por el río encantado de las Hadas Margarita y, a través de un estrecho camino entre piedras altísimas, lográbamos finalmente llegar a las Cuevas de Las Piedras Preciosas. Pasábamos el día entero sacando cuentas y aprendiendo geometría. Sublime me dijo muchas veces que las matemáticas eran la ciencia para construir los universos. El tiempo en el cielo no se cuenta; sientes que pasa pero no se cuenta y no encontrarás un reloj por ninguna parte. Si quieres



que aparezca la noche, solo aplaudes y ella aparecerá de inmediato. Y puedes escoger entre una noche con estrellas o sin ellas, con Luna o sin ella; solo tenía que imaginarlo. Un día se me ocurrió saber más sobre las constelaciones; la de Orión era mi favorita. El abuelo Carpintero y Filiberto me acompañaron a conocer cada una de las estrellas que forman dicha constelación. Algún día te contaré con detalles esta maravillosa aventura. Fue así como supe que los dioses de los egipcios venían de esas misteriosas estrellas y la sabiduría que ellos tenían permanecía aún oculta en el Baúl del Conocimiento, custodiado por un gran rey llamado Albus. Por eso ellos pudieron construir las grandes pirámides y aprendieron a escribir con esos hermosos dibujos que todavía hoy permanecen en las paredes de sus templos. Por unos instantes, el abuelo me permitió leer algunos de esos libros del Baúl del Conocimiento; con solo tocarlos comprendí la profundidad de toda su sabiduría. Mi mente estallaba de asombro.

Marita interrumpió por un instante a Ethan para comentarle lo asombroso que le parecía su relato. Fascinada, le preguntó si había conocido



a las Hadas Margaritas, ya que eran sus favoritas. Pero como si no la hubiera escuchado, Ethan continuó su relato hipnotizado:

—Una tarde de color anaranjado, mi abuelo y yo nos sentamos en el borde de una montaña para hablar de los árboles. Ellos no conocen la muerte –me dijo–, porque la muerte realmente no existe. En este momento, en la Tierra, los árboles sufren muchísimo y en el cielo se escuchan sus lamentos más profundos. Los humanos no los han cuidado bien. En realidad no se han cuidado bien a sí mismos y no han cuidado bien sus casas, sus familias, las aguas, los ríos, los animales y las montañas. Entonces se hizo un silencio profundo y de mis ojos brotaron lágrimas. No entendí muy bien el sentimiento que brotó de mi corazón, pero repentinamente recordé a mis padres con profunda tristeza y sentí que los extrañaba inmensamente. Sentí deseos de verlos y abrazarlos. ¿Qué estarían pensando? Seguro que me extrañarían, pero estaba en el cielo.



El abuelo escuchó perfectamente mis pensamientos y, aclarándose la voz, me preguntó:

—¿Extrañas a tu madre? También extrañas a tu padre, ¿verdad?

—Sí –le dije, acurrucándome en sus brazos con un llanto desesperado.

Fue en ese momento que el abuelo Carpintero me confesó que ese sería el último día que pasaría en el cielo.

—¿Por qué, abuelito? pensé que me quedaría contigo para siempre –protesté.

—No –contestó–. Desde tu llegada ya tenías fecha de regreso. El tiempo que has pasado aquí ha sido suficiente para aprender y comprender las cosas que tenías que conocer. Como muchos niños y también adultos que han visitado el cielo, has venido a entrenarte para convertirte en

un mensajero de buena voluntad en la Tierra. Y tú eres el mensajero número 5.089.837.667.234.

Intrigado, le pregunté: “¿Pero estoy muerto, abuelo?, ¿cómo puedo vivir nuevamente?”. ¡No estaba muerto!... y regresar significaba una nueva oportunidad de ser muy feliz, de soñar y de hacer realidad mis sueños y poder contar mis aventuras en el cielo.

El abuelo me comentó que en la Tierra muchos viven con tristeza y tienen miedo de ir al cielo. Me hizo prometerle que al cumplir veinte años escribiría un libro, contando lo hermoso que era vivir en el cielo, para que nadie le tuviera miedo.

Marita empezó a aplaudir con todas sus fuerzas, pues era maravilloso todo lo que había escuchado. En ese momento prendió una vela para mirar mejor la cara de Ethan y le preguntó:

—¿Cómo regresaste?

—Fue muy sencillo. El abuelo me llevó al Portal de los Viajes. Era un arco de piedras enorme, que a medida que te acercabas brillaba cada vez más. Al llegar, me entregó una llave que tenía grabada la palabra “Tierra” y hasta allí podía acompañarme. Descubrí la cerradura del portal pensando intensamente en mis padres, y así fue como regresé al hospital. Desperté en la cama de terapia intensiva, donde me encontraba.

—¡Has vuelto, hijo! —gritó mi madre.

Luego de examinarme, el médico me encontró completamente curado. Marita estaba con la boca abierta.

—Cuando cumpla veinte años haré realidad lo que prometí al abuelo: escribir un libro contando mis aventuras en el cielo, para mostrarle al mundo que es un lugar hermoso donde podemos ser muy felices.





Eriberto y Calandrielo

Dos cocodrilos vivían en La Gran Sabana, al sur de Venezuela. Eriberto era de color verde brillante con los ojos amarillos incandescentes, y Calandrielo tenía una piel dura y carrasposa de color marrón oscuro.

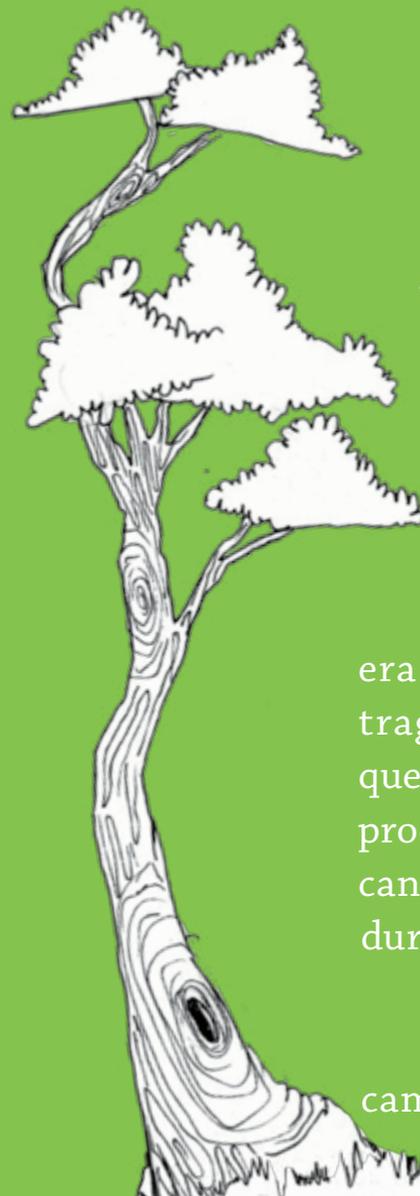
Eran los mejores hermanos y cada mañana hacían una caminata rápida hacia las charcas de Las Esmeraldas para jugar. Mucha gente piensa que los cocodrilos son lentos, pero no es verdad. Se “hacen” los lentos únicamente cuando están de cacería.

La comida favorita de Calandrielo eran las milanesas empanizadas de pollo, lapa o chiguire, con mucho ají picante. Y a Eriberto le gustaba comer cangrejos y camarones con salsa de tomate, y mucha mayonesa. A los cocodrilos no les gustan los vegetales.

La Gran Abuela Cocodrilo, que además era la sanadora más conocida de La Gran Sabana, les preparaba estos platillos suculentos.

Eriberto y Calandrielo habían perdido a sus padres en una cacería hacía mucho mucho tiempo, más de doscientos años se podría decir, y era la Gran Abuela Cocodrilo quien se ocupaba de educarlos. Les enseñaba a leer y a sacar cuentas. Ella era muy estricta y disciplinada con sus nietos, como ninguna otra abuela de la sabana.

Para ella, Calandrielo era muy inteligente, con una buena actitud. Mas no pensaba lo mismo de Eriberto, a quien consideraba un cocodrilo tragicómico. Siempre llegaba a la charca con una queja, una excusa o un berrinche, y se enconchaba debajo del agua.



Ambos se iban a las charcas de Las Esmeraldas a jugar, gritar y pasarla bien. Calandrielo hacía grandes hazañas y se lanzaba desde las piedras más altas para realizar clavados estruendosos.

Salía con elegancia de la charca y volvía a enfrentar mayores desafíos, al buscar piedras que estuvieran cada vez más altas o lianas que lo columpiaran por los árboles.

Por su parte, a Eriberto también le gustaba divertirse, pero era tan miedoso y tan dramático, que jugar se convertía en una tragedia. Cada vez que Calandrielo se lanzaba al agua, Eriberto se quejaba por la irritación de sus ojos debido a las chispas de agua que producían los saltos, y lo acusaba de impedirle cazar los camarones y cangrejos que tanto le gustaban. Eso era motivo para rumiar y quejarse durante toooooo el día:

—Por tu culpa me arden los ojos. Por tu culpa no podré comer camarones —decía .



—Pues comerás pollo –replicaba Calandrielo.

Cuando llegaba el día de cacería, todos los cocodrilos de la charca se organizaban para ir a los ríos y riachuelos. Eriberto y Calandrielo en cierta ocasión escogieron ir al río Orinoco y, como era de esperar, Calandrielo se sentía entusiasmado e imaginaba la gran cacería que realizaría.

Por su parte, Eriberto, con apenas un par de kilómetros de recorrido, se quejaba de cansancio. Iba a paso lento y los mosquitos le picaban su “delicada” piel. Calandrielo le gritaba entusiasmado:

—Apúrate, Eriberto, una gran cacería nos espera.

Él respondía en tono chillón:



—Seguro que, como siempre, no cazaré nada. Tú espantas mis camarones con tus gritos y tus saltos. ¿Para qué vinimos tan lejos? Me duelen las patas, me quiero regresar.

Calandrielo se detuvo molesto y dijo:

—Ya no puedes continuar así. Un día de estos te va a ocurrir algo terrible porque no haces más que quejarte, echarme la culpa, y es por eso que todo te sale mal. Te vas a enfermar.

Finalmente, llegaron al río y Calandrielo hizo todo lo que se había imaginado: una cacería fantástica.

Eriberto esta vez pudo cazar unos cuantos kilos de camarones, mucho más que la última vez, pero no fue suficiente para entusiasmarlo y entre dientes hacía saber que estaba cansado y aburrido.



De regreso decidieron irse por el camino corto, pues el peso de la cacería se hacía sentir. Era un camino difícil ya que debían atravesar la montaña. Calandrielo iba adelante con paso firme y ligero. Eriberto se fue quedando atrás, y a lo lejos se escuchaban sus comentarios por las piedras que tropezaba y los golpes que recibía cuando caía algún plátano en su espalda. Estaba lleno de chichones por todas partes.

Llegaron a su charca al atardecer. Calandrielo, muy contento con su paquete, le contó a la Gran Abuela lo mucho que se había divertido y mostró orgulloso cuanto había cazado.

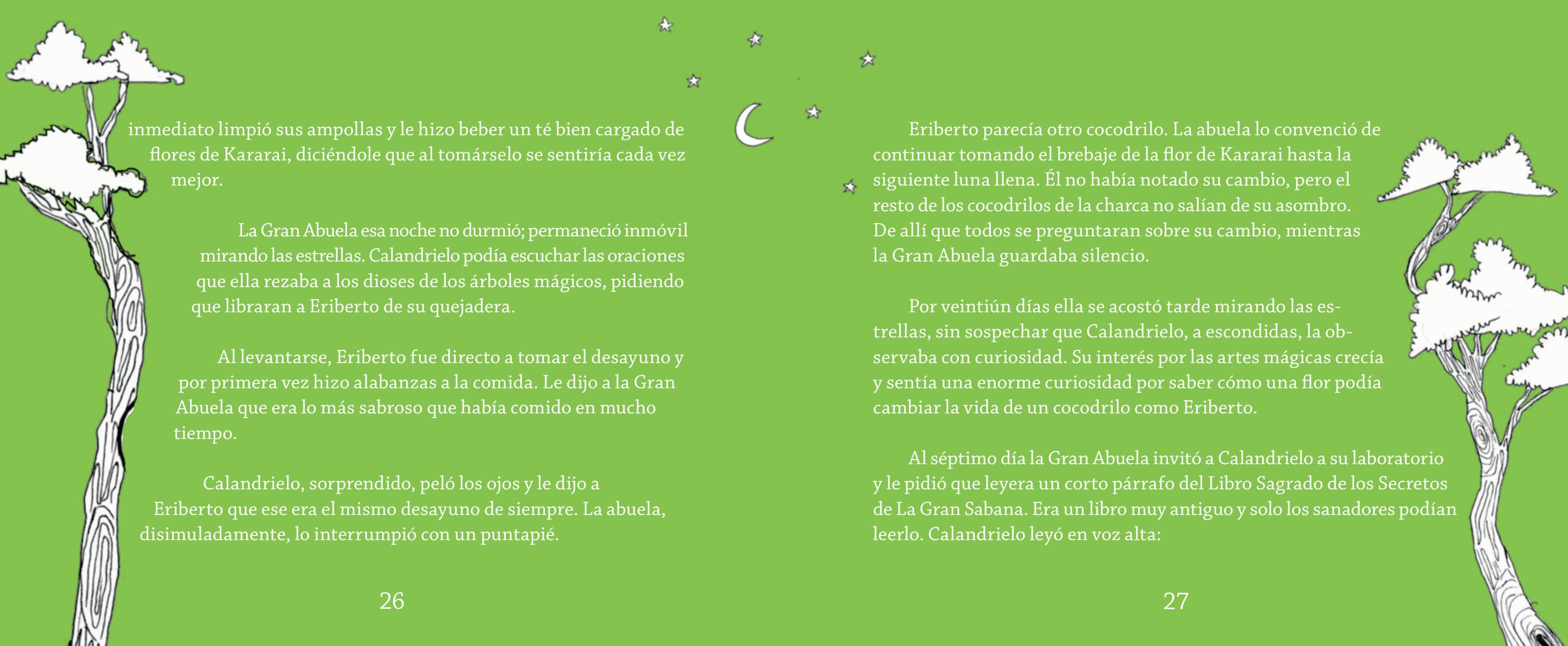
Eriberto, casi sin aliento, se quejaba del dolor que le producían las ampollas en sus patas, y las picadas de mosquito habían convertido su piel verde brillante en un color rojo oscuro, opaco y feo. Tenía dolor de espalda y sus ojos estaban hinchados de tanto sol.

Todos recurrían a la Gran Abuela cuando se sentían enfermos, y cuando esta vió a Eriberto tan quebrantado decidió de inmediato prepararle una medicina.

La Gran Abuela cocinaba toda clase de pociones curativas, y hasta conocía cómo rezar y hacer conjuros para cualquier animal de la sabana que tenía alguna dolencia. Los cocodrilos rara vez se enfermaban y Eriberto era un caso único entre ellos.

La Gran Abuela se fue corriendo al Jardín Desconocido. Allí crecían los árboles mágicos y curativos de La Gran Sabana; solo ella sabía dónde se encontraban. Buscó la mata de Curí, que quitaba el dolor y secaba las ampollas, y se trajo algunas flores del Kararai silvestre para quitarle a Eriberto la quejadera y la negatividad que tenía desde que nació. De





inmediato limpió sus ampollas y le hizo beber un té bien cargado de flores de Kararai, diciéndole que al tomárselo se sentiría cada vez mejor.

La Gran Abuela esa noche no durmió; permaneció inmóvil mirando las estrellas. Calandrielo podía escuchar las oraciones que ella rezaba a los dioses de los árboles mágicos, pidiendo que librasen a Eriberto de su quejadera.

Al levantarse, Eriberto fue directo a tomar el desayuno y por primera vez hizo alabanzas a la comida. Le dijo a la Gran Abuela que era lo más sabroso que había comido en mucho tiempo.

Calandrielo, sorprendido, peló los ojos y le dijo a Eriberto que ese era el mismo desayuno de siempre. La abuela, disimuladamente, lo interrumpió con un puntapié.

Eriberto parecía otro cocodrilo. La abuela lo convenció de continuar tomando el brebaje de la flor de Kararai hasta la siguiente luna llena. Él no había notado su cambio, pero el resto de los cocodrilos de la charca no salían de su asombro. De allí que todos se preguntaran sobre su cambio, mientras la Gran Abuela guardaba silencio.

Por veintiún días ella se acostó tarde mirando las estrellas, sin sospechar que Calandrielo, a escondidas, la observaba con curiosidad. Su interés por las artes mágicas crecía y sentía una enorme curiosidad por saber cómo una flor podía cambiar la vida de un cocodrilo como Eriberto.

Al séptimo día la Gran Abuela invitó a Calandrielo a su laboratorio y le pidió que leyera un corto párrafo del Libro Sagrado de los Secretos de La Gran Sabana. Era un libro muy antiguo y solo los sanadores podían leerlo. Calandrielo leyó en voz alta:

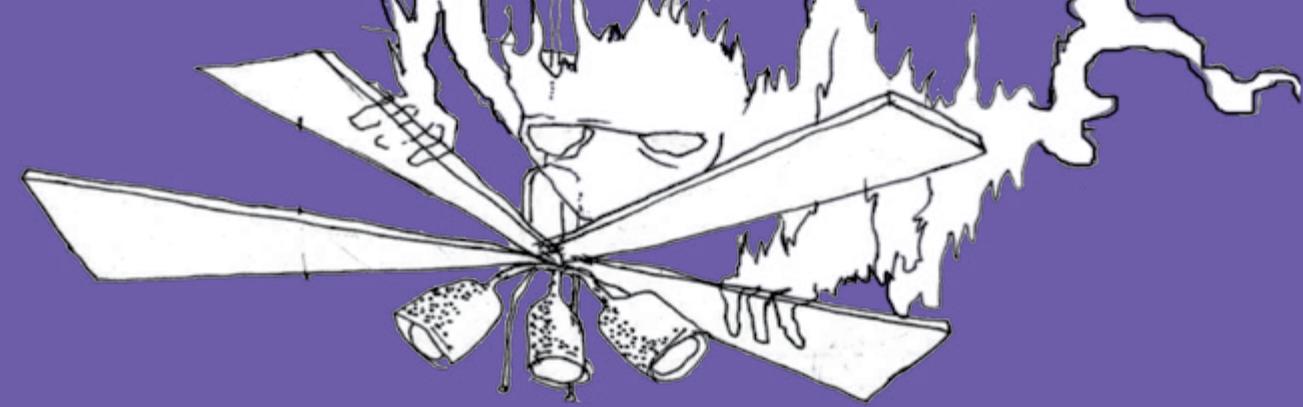
—“POCIÓN CURATIVA PARA COCODRILOS QUEJUMBROSOS, PESIMISTAS Y NEGATIVOS”.

Cinco días después de la luna nueva, corta siete flores de la mata de Kararai silvestre, agrégale las uñas de una rana blanca bebé y mézclalas con una cebollita morada. Hervir por una hora en un litro de agua. El chamán o sanador tendrá que elevar un conjuro todas las noches por veintiún días, ante un cielo estrellado, y decir lo siguiente: “Ranas y cocodrilos sabaneros, dioses de la naturaleza, gracias por los dones de la tierra, el aire y el viento. Les pido que el agua lave la queja de tal enfermo, que el viento se lleve la queja de tal enfermo, y la tierra haga crecer la alegría de tal enfermo”. Al hacer esto, se sanará rápidamente.

Calandrielo, que era de espíritu curioso, le preguntó a la Gran Abuela cómo una flor podía curar la enfermedad de negatividad que tenía Eriberto.

Ella no dio respuesta; sin embargo, lo invitó a convertirse en su ayudante. Conocer las artes mágicas requiere de práctica. La Gran Abuela reconocía en su nieto un gran talento para eso. Calandrielo aprendió muy bien las recetas medicinales de la Gran Abuela y se convirtió en su sucesor, después de que ella partió al cielo de los cocodrilos. Nunca más se volvió a conocer otro cocodrilo quejumbroso y pesimista. El último que había nacido con esa enfermedad había sido Eriberto.





Miedo, el monstruo, o ¿quién dijo miedo?

Cuando eran las ocho de la noche, en el reloj de pared de mi abuela sonaban las campanadas que anunciaban que la hora de dormir había llegado.

Mi mamá, mi papá o mi abuela Margarita me contaban cuentos con los cuales soñaba durante toooda la noche.

En los cuentos de mi madre siempre había serpientes, conejos, mandriles y elefantes, que eran enemigos de las hadas azules y los



duendes de los viejos árboles, con sus enormes raíces y gruesos troncos que no cabían en un abrazo. Las peleas entre los duendes y las serpientes eran de lo más divertidas porque, aunque pequeños, los duendes siempre salían ganando, y las serpientes o perdían un ojo o les cortaban la lengua. Los duendes tenían una fuerza tan grande en sus brazos, que ni siquiera el Hada Bruja, que era muy poderosa con su magia, podía igualar.

Mi papá me contaba cuentos de reyes muy valientes, quienes con sus escudos y espadas de acero enfrentaban toda clase de peligros para defender a su reina y a sus súbditos, en sus altos castillos de piedra y madera. Con solo asomarse el enemigo, los ejércitos de soldados fortachones y bien alimentados con patas de pollo hacían cantar retirada a los enemigos más feroces. El rey Picardio era mi favorito, pues asustaba a los otros reyes pelándoles los ojos y sacándoles la lengua.



En su castillo tenía una torre muy alta donde encerraba a los reyes enemigos para separarlos de sus reinos.

En cambio, la abuela Margarita me contaba sobre monstruos con grandes dientes, ojos aterradores de color rojo y garras con uñas afiladas, azules, negras y amarillas. Siempre eran los mismos monstruos: Ur, Geón y Olel. Con la abuela era diferente, pocas veces soñaba con ellos durante la noche. Los monstruos se hicieron mis amigos y me invitaban a sus aventuras nocturnas.

Una noche Ur le dijo a Olel que Geón no podía acompañarlos en su viaje, y le pregunté por qué. Por primera vez los vi con cara extraña; solo me contestaron que Geón se encargaría de cuidarme. No entendí muy bien eso de cuidarme.

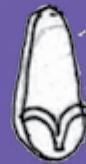
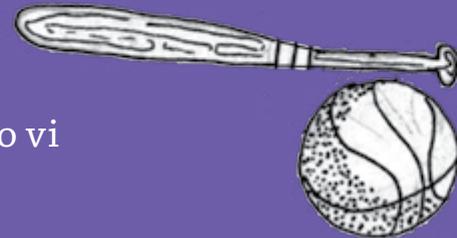


Al fondo escuché la voz de mamá, diciéndole a la abuela Margarita que al otro día sería el primer tratamiento y debíamos levantarnos muy temprano. La abuela interrumpió el cuento y me dijo:

—Te quiero, mi amor.

Cuando ella se fue, Geón salto del libro de cuentos y se quedó conmigo. Conversamos un buen rato sobre tener miedo o no tener miedo.

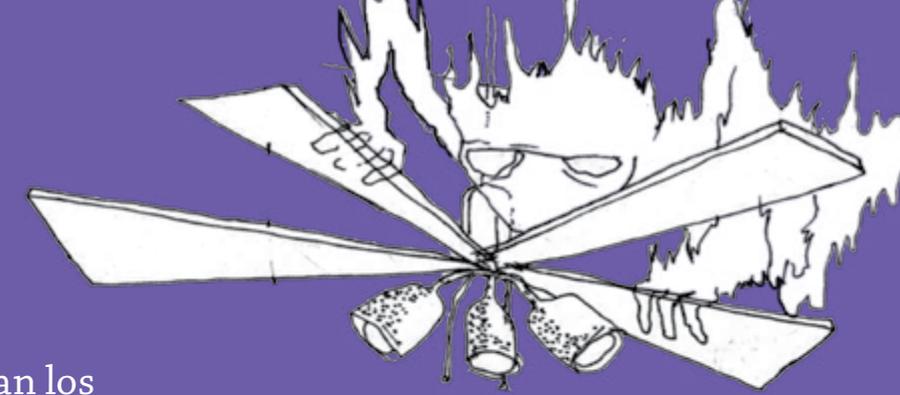
De pronto vi imágenes que flotaban frente a mí y allí estaba Geón cuando era pequeño. Su madre, Geony, lo cuidaba en el hospital. Era un hospital de monstruos. Estaba sufriendo de una enfermedad muy peligrosa y le ponían inyecciones cuando le dolían sus huesitos o cualquier otra parte de su cuerpo. Sus ojos se llenaban de lágrimas; tenía vendas en un brazo y estaba lleno de tubos por varias partes. Por las noches lo vi

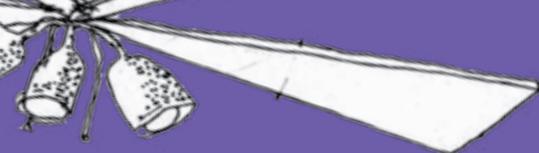


taparse la cabeza con la manta, temblando de miedo. A Geón, igual que a mí, le gustaban los cuentos, y en una mesita redonda al lado de su cama había montones de libros de colores. Vi cómo al poco tiempo salía del hospital muy contento, corriendo a encontrarse con sus amigos Olel y Ur, a quienes también pude reconocer cuando eran pequeños.

La película se desvaneció de pronto y Geón me susurró que había compartido esa aventura conmigo para hablarme de un monstruo feroz, con ojos blancos y cuerpo transparente, que se les aparece en los hospitales a los niños monstruos. Nadie más puede verlo, aunque en ocasiones también aterrorizaba a las mamás.

Él se llama Miedo. Le gusta asustar por las noches o cuando te ponen inyecciones. Si sientes dolor, es porque él está allí –me dijo.

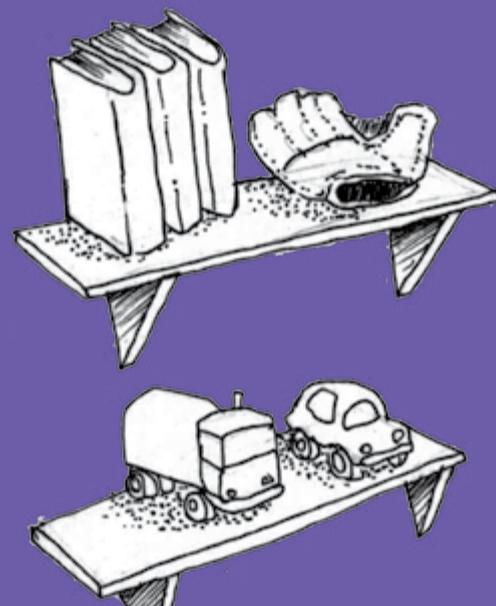
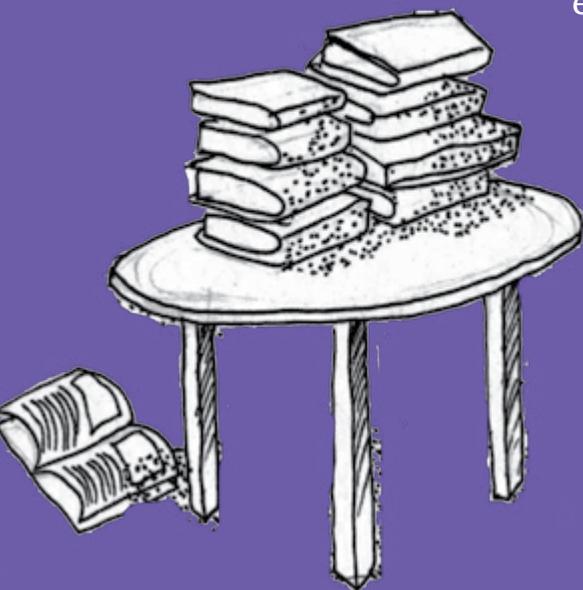




Geón me contó que ,al principio, de solo pensar en Miedo comenzaba a temblar. Eso sucede frente a lo desconocido. A Miedo le gusta asustar y Geón descubrió cómo asustarlo a él.

—Era muy simple –dijo–. Lo descubrí un día que me ponían una inyección. Miré para arriba y me convencí de que no iba a dolerme. Entonces Miedo no apareció y no sentí dolor. Creo que a él no le gustan los valientes. Otro día me convencí de que las medicinas me curarían más rápido, y así fue. El tiempo pasó muy rápido y el malestar en mi cuerpo desapareció casi de inmediato. En los momentos en que mi madre se ponía triste, le decía que Miedo les teme a los valientes y, como por arte de magia, mi madre sonreía y ya no tenía cara de preocupación.

Geón continuó viéndome a los ojos y me dijo que saldría a una aventura donde ser valiente era lo más importante.



—La enfermedad te enseña a ser muy valiente –dijo.

Me dio un abrazo de buenas noches y se acostó al lado de mi cama.

—¿Quién dijo miedo? –preguntó.

Y yo le contesté:

— Nadie.





Salmerón Zaperoco

A Salmerón lo llamaban “Zaperoco”, y te voy a contar por qué:

Cuando era niño se enfermaba con frecuencia y por eso pasaba largas temporadas en el hospital, asistiendo a las consultas médicas y en tratamiento. Estar allí le resultaba muy difícil porque sentía miedo de los médicos y no le gustaban las medicinas. Armaba grandes berrinches, con gritos y patadas incluidos.

Cuando podía, salía corriendo por los pasillos para esconderse de las enfermeras, en especial de una muy gorda y fea que él mismo llamó “La bigotuda”.

Si le traían cucharadas, las escupía y su mamá lo regañaba por ensuciar la ropa y manchar las paredes del consultorio. Por eso se ganó el apodo de Salmerón “Zaperoco”.



Una mañana su abuela, molesta y cansada de tal situación, le dijo:

—Salmerón, quiero pedirte que no formes más zaperoco cuando vengan los doctores. Las medicinas no son chucherías; algunas saben a fresa, pero otras no. Si quieres regresar pronto a tus juegos con tus amigos, tienes que tomarte las cucharadas y dejarte poner las inyecciones sin protestar.

Todos los días la abuela le repetía lo mismo a Salmerón. Se lo decía con dulzura y también con regaños y disgusto, tratando de convencerlo de que sus gritos y pataletas no lo ayudarían a curarse.

Un día ocurrió el milagro tan esperado, pues las conversaciones de la abuela hicieron efecto en el corazón de Salmerón.

Comprendió que no le quedaba otra opción que dejar de correr, tomarse las cucharadas y tragarse esas pastillas tan malucas.

Su mayor anhelo era salir de ese hospital. Quería levantarse de la cama para jugar y divertirse con sus amigos. Su abuela lo había convencido de portarse bien para irse más rápido del hospital, pero, ¿cómo perderle el miedo a las inyecciones? ¡No es cosa fácil!, ¿acaso una inyección da risa?

Pero sí... Salmerón a partir de ese día cambió y logró portarse mejor.

Si eran cucharadas lo que traían las enfermeras, él se las tragaba de un solo sopetón. Eso sí, pelaba los ojos y al menor descuido salía corriendo a lavarse la boca con agua, y solo en el baño formaba su berrinche personal. Si la enfermera bigotuda venía a inyectarlo, también pelaba los ojos, se quedaba callado, le sacaba la lengua disimuladamente, pero no gritaba ni decía groserías. El médico le resultaba aterrador. Lo



veía como un monstruo verde con bata blanca, pero no sabía qué hacer porque su mamá le decía: “¡Mi querido doctor!”.

Entonces se le ocurrió pedirle a su tío Virgilio que le comprara unos lentes mágicos, con vidrios grandes de colores. Estaba seguro de que con ellos dejaría de tenerle miedo al monstruo verde y hasta se reiría de él, y lo logró, pues el doctor le regalaba caramelos de jengibre cuando lo examinaba.

De vez en cuando le inmovilizaban un brazo para pincharle una vena. Salmerón le rogaba a su mamá y a su abuela que le leyeran cuentos de vampiros para entretenerse. Por alguna razón desconocida esto lo relajaba, haciéndolo olvidar que estaba en esa molesta situación.

Así pasaron muchos días. Salmerón estaba más calmado, se tomaba los medicamentos sin hacer tragedias. Ya no lloraba, tampoco se quejaba ni gritaba, y dejó de correr como loco por los pasillos del hospital; sanó rápidamente. Aprendió que los doctores pueden ayudarte a estar bien y



aunque las medicinas no sean sabrosas, al tomarlas se te quita la fiebre y se te alivia el dolor en el cuerpo.

Se dio cuenta de que el tiempo pasaba muy rápido. Al salir del hospital el médico ya no tenía la cara del monstruo verde y la enfermera bigotuda dejó de ser tan fea. Le pidió disculpas al doctor por sus gritos y carreras, y le dio las gracias por ayudarlo a curarse.

Hoy Salmerón es una persona sana y recuerda con mucho cariño a su abuela. Por muchos años se ha dedicado a contarles historias a los niños hospitalizados, enseñándoles que a veces es necesario estar en el hospital, aunque no sea divertido.

Y para el recuerdo queda la historia del niño que un día llamaron “Zaperoco”.





Somos diferentes

Sofía y Eber eran compañeros de clases y les encantaba pintar a Vali, la mascota de Sofía.

Vali era una perrita que encontraron frente a un banco. Estaba llena de pulgas, sucia y enferma; le salía sangre de su cuerpo y el papá de Sofía decidió llevarla al veterinario.

Sofía amaba a Vali desde la primera vez que la vio y, a regañadientes de la madre, lograron que se quedara en casa. Su padre también se enamoró de Vali.

Con ellos ya vivía Vicky, una perrita pekinesa muy simpática, que desde ese momento tuvo que compartir su espacio con Vali. Cuando estaban juntas se peleaban ferozmente y cada día se hacía más difícil la

situación. La mamá de Sofía se quejaba todo el tiempo de Vali y amenazaba con entregarla a la perrera por ser fea y enferma.

Vali era una perrita que hablaba con sus ojos, amaba profundamente a Sofía y a su padre. De vez en cuando recaía y le daban fuertes dolores en sus patitas de atrás, no las podía mover. El veterinario lo había advertido: Vali sufría una enfermedad de la columna, pero si tomaba sus medicinas y la cuidaban, podía sanar completamente.

Sofía y Eber sacaban a pasear a Vali después de hacer las tareas, y recibían burlas de sus vecinos porque Vali era una perrita de la calle. En ese barrio todos los perros se creían de otra clase.

Un día la maestra de Eber y Sofía los preparó para darle la bienvenida a Isabel, una compañera de clases que regresaba luego de un largo tiempo de ausencia. Cuando ella entró, todos hicieron silencio. Estaba en



silla de ruedas y con un sombrero blanco; todos vieron que no tenía cabello.

A la hora del recreo, Eber y Sofía se acercaron a Isabel para invitarla a comer.

Sofía había escuchado cuando Alberto dijo en voz baja:

—Isabel es muy fea— burlándose de su sombrero blanco.

Otros se rieron a carcajadas; la señalaron con el dedo y se burlaron de sus ojeras y de su silla de ruedas. Entonces sonó el timbre para regresar a clases. La maestra les dijo que Isabel había terminado su tratamiento exitosamente y estaba recuperando sus fuerzas. También dijo que cuando un amigo está en dificultades es el momento de demostrarle cariño y darle nuestra ayuda. En ese instante, Alberto bajó la cara avergonzado.

Eber, que siempre se sentaba a mi lado, me propuso invitar a Isabel para hacer las tareas por las tardes. Ella aceptó. Su mamá la traía todos los días a mi casa. Vali le tomó cariño a Isabel.



Luego de hacer las tareas, mamá nos preparaba una merienda deliciosa y nos dejaba jugar con Vali, mientras Vicky nos observaba con sus grandes ojos.



Un día, Isabel nos habló de su enfermedad. Nos comentó que lo más difícil al principio fue haber perdido el cabello, pues la miraban fijamente sin decirle nada y los niños se burlaban de ella. Eber y yo la comprendimos de inmediato y le comentamos que los vecinos se burlaban de nosotros por tener una perrita como Vali que, según ellos, no tenía tanta clase o pedigrí.



Mi papá nos escuchó hablando, entonces se acercó para contarnos que cuando él era pequeño sus amigos se burlaban porque sufría de asma. Lo llamaban “El raquítico”.

Por su parte, Eber mencionó que Alberto lo molestaba en las clases de fútbol por no jugar bien y lo llamaba “Becerro horrible”.

Isabel nos interrumpió para decirnos:

Ya no me molestan las burlas ni los comentarios de los demás.
¡Ustedes son mis mejores amigos!

Vali comenzó a saltar con mucha alegría y de pronto todos gritamos:

—¡Somos diferentes !

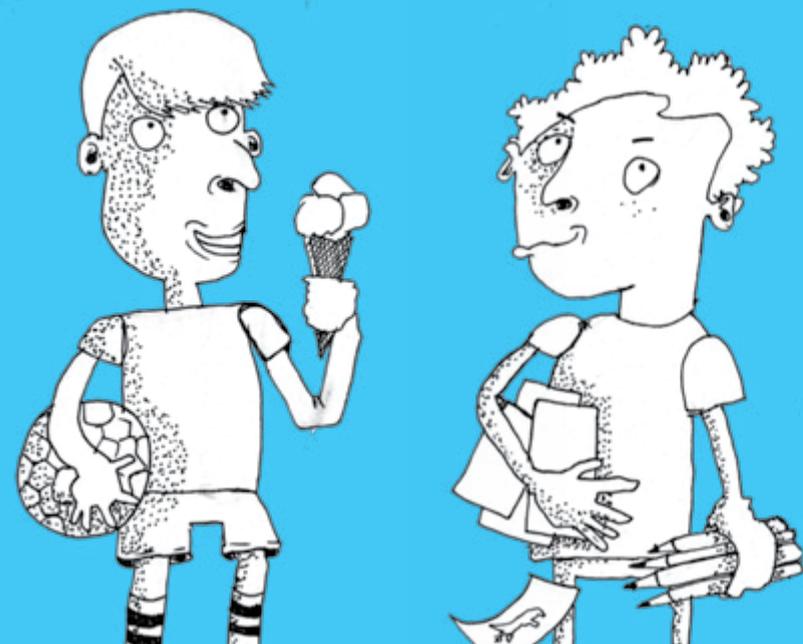




Un regalo para Coqui

En una sala de hospital jugaban cuatro niños que habían pasado varias semanas recibiendo tratamiento para recuperar su salud. Estaban celebrando una gran noticia: serían dados de alta y dejarían pronto el hospital.

Su alegría era inmensa porque ya no habría más inyecciones ni pastillas que tomar y los dolores de barriga, así como la fiebre, habían desaparecido por completo. Estaban felices de regresar a casa, volver a los recreos del colegio y entrenar en el campo de fútbol por las tardes.



Tami era el más pequeño de todos. Tocaba la flauta y le gustaba bailar.

Peti era el delantero estrella de su equipo de fútbol y contaba los días para regresar al campo. La pelota era su pasión y en el hospital le habían permitido tener una pelota más pequeña para practicar sus chutes de vez en cuando.

Toti pasaba horas por las tardes pintando monstruos, dinosaurios y carritos. Le encantaba soñar que era muy poderoso y que podía vencer a esos dinosaurios enormes que pintaba.

Y Sétimo extrañaba los regaños y las risas de su abuela, cuando él correteaba las gallinas de su patio.

Durante el tratamiento, los cuatro niños compartían el mismo cuarto de hospital y se habían convertido en grandes

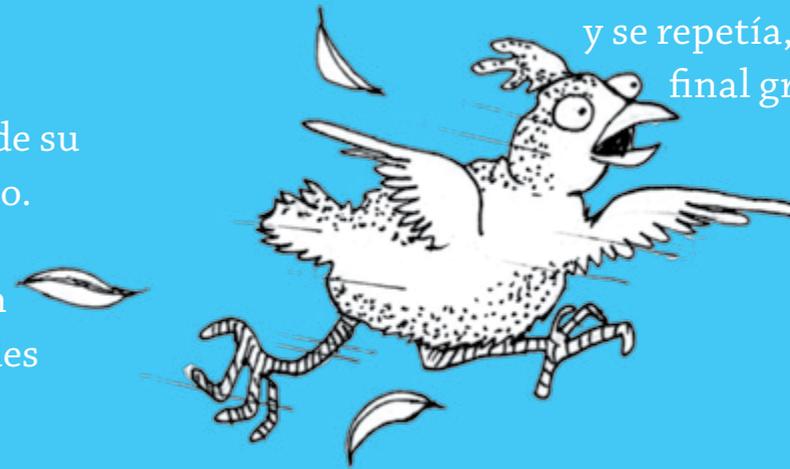
amigos. Acostumbraban apoyarse y darse ánimos cuando la enfermera llegaba con las medicinas y las inyecciones.

Para Tami no era tan difícil porque su umbral de dolor era muy alto y por esa razón nada le dolía. Hay personas así.

El más cobarde era Sétimo, quien con solo ver la aguja de la inyectadora salía corriendo por los pasillos gritando ¡no quiero, no quiero!

Toti, en cambio, para llenarse de valentía se quedaba muy quieto y se repetía, bajito, “no me duele, no me duele, no me duele”... y al final gritaba ¡sí me duele!, y se echaba llorar.

Pero esta historia se trata de Coqui. El día que se despidieron del hospital, Tami, Sétimo, Toti y Peti se encontraron con Coqui, quien estaba ingresando a tratamiento.



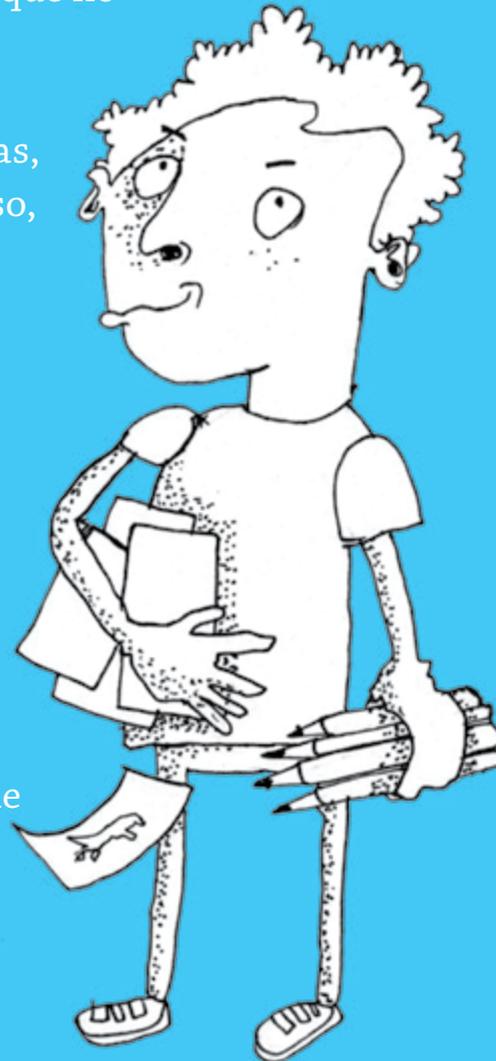
Se le veía tan enfermo, que decidieron hablar con él para que no tuviera tanto miedo.

Ellos habían aprendido que hay que tomarse las medicinas, hacerle caso al doctor y, cuando en el hospital les daban permiso, también jugar y divertirse. No era lo mismo que jugar en el colegio o en el patio de la casa, pero para ellos era suficiente.

Todos se dieron cuenta de que Coqui casi no podía hablar. Trataron de acercarse a él y recibieron un gran regaño de su mamá. Tal vez pensó ella que podían hacerle daño, pero Coqui hizo un gesto y pudieron acercarse a conversar con él.

Coqui les dijo: “Me duele”.

Al voltearse, se le cayó la gorra que llevaba puesta y así fue como los niños se dieron cuenta de que no tenía cabello.



Ellos conocían de qué se trataba y lo que le esperaba a Coqui: más inyecciones, días en cama y lo más aburrido era no poder salir a jugar; perseguir las gallinitas de la abuela de Sétimo, divertirse y comer torta con helados.

Los cuatro niños sabían... pero para ellos se trataba de una historia del pasado, pues el doctor les había dicho a cada uno que ya no regresarían al hospital nuevamente.

Cuando Coqui trató de ocultar su cabeza, le dijeron que no se preocupara, pues muy pronto le crecería su cabello así como les había crecido a ellos.

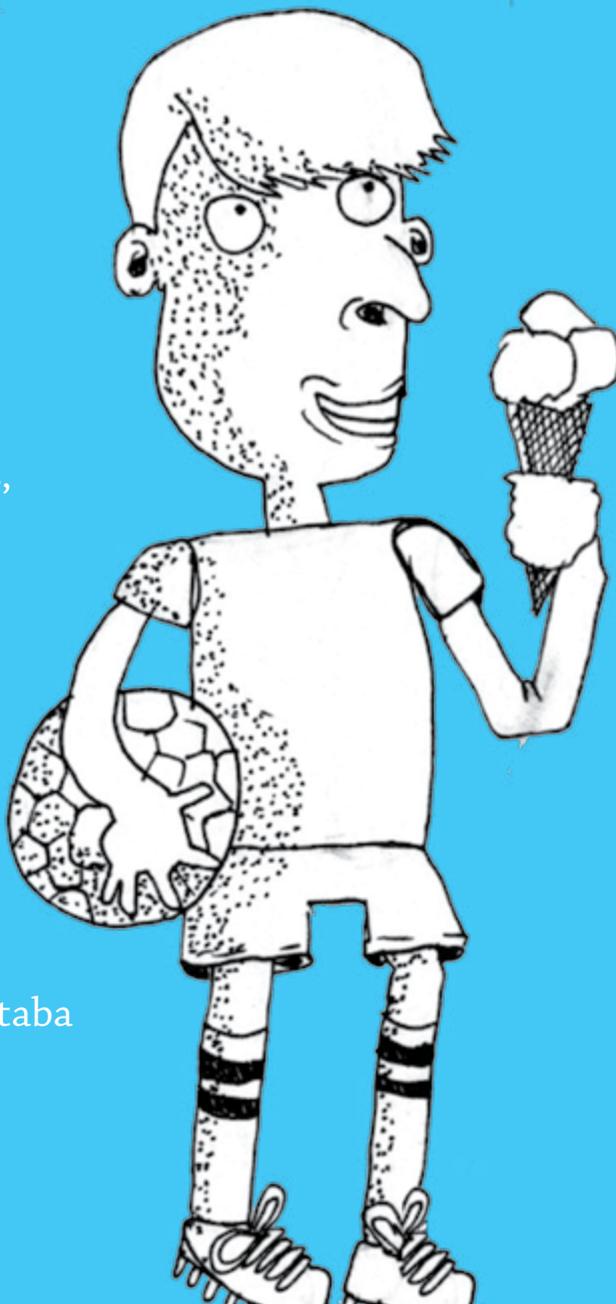
Coqui entendió que no había nada que temer y escuchó atentamente las historias de sus nuevos amigos.



Le contaron acerca del miedo que sintieron al comenzar el tratamiento: que las inyecciones pueden doler, que las pastillas y las cucharadas saben a rayos, pero que también llegaron a sentirse bien cuando las medicinas hacían su efecto y cuando soñaban juntos sobre lo que harían al volver a casa: jugar, comer helados, perseguir las gallinas de la abuela de Sétimo e ir al colegio.

Coqui sonrió y dejó de estar tan pálido.

También conversaron con él acerca de los padres, pues ellos se ponían tristes, estaban preocupados y muchas veces se escurrían detrás de las puertas a llorar calladitos para que nadie los oyera. Sin embargo, era fácil darse cuenta de lo que estaba pasando.



Recordaron que Tami, en una ocasión que se puso muy malito, les dijo que no se preocuparan por él, pues un angelito le había contado en su sueño que irse de viaje al cielo era como visitar otro país. Allí era posible hacerse amigo de las hadas y los duendes que viven en hermosos castillos de chocolate. Y los abuelitos, que ya vivían allí, esperaban con regalos y un fuerte abrazo a sus familiares. Tampoco era necesario preocuparse si por casualidad se extrañaba a los amigos, pues cuando ellos te recordaran recibirías enormes bolsas de tus frutas y caramelos favoritos.

Allí todo era felicidad, diversión y juegos. No era fácil entender por qué los papás y las mamás se ponían tan tristes.

Los cuatro amigos le prometieron a Coqui visitarlo cada semana. Como Coqui casi no podía hablar, su mamá sonrió...

Así transcurrieron varias semanas...



Una tarde a los cuatros amigos se les ocurrió sorprender a Coqui con un regalo: su cabello no crecía y les pareció una gran idea cortarse el suyo, colocarlo en una cajita y llevárselo al hospital.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación se encontraron con su mamá, que lloraba desconsoladamente; también lo hacía su abuelita, su papá... nadie podía hablar.

Fue imposible entrar a la habitación donde estaba Coqui. Solo una enfermera les explicó que su amigo había decidido viajar al cielo.

—¡Wow! ¿Al cielo?

Todos se miraron a la cara y se apresuraron a entregar el regalo que le habían traído a su amigo. Se acercaron a su mamá y le dieron la cajita llena de cabellos.

Para Coqui, llegar al cielo sin su gorra y sin su cabello era un gran problema. De eso ellos ya habían conversado, así que era importante asegurarse de que Coqui recibiera la cajita para llevarla en su viaje.

Su mamá la recibió sin decir palabras y los niños brincaban de alegría, pues sabían que Coqui estrenaría cabello nuevo.

Tami dijo:

—Lo voy a extrañar...

—Claro que no –dijo Sétimo–. Tú ya sabes que él está bien...

Y a partir de ese día, cuando ellos se encontraban para jugar, caminar, divertirse, comer helados o perseguir las gallinas de la abuela de Sétimo, saludaban a Coqui mirando hacia el cielo, con la seguridad de que recibiría una enorme bolsa de golosinas, caramelos y dulces a nombre de cada uno de ellos.



La Defensa Inmunológica, superhéroes de tu cuerpo

Carlitos estudiaba para un examen de matemáticas que tendría en el colegio la mañana siguiente. Repentinamente comenzó a sentirse mal, le ardía la garganta, le dolía todo el cuerpo, tenía mucha sed y empezó a toser. Su mamá, extrañada, le tocó la frente... tenía fiebre alta. Ella se preocupó.

Carlitos lo que quería era estar acostado, sin embargo, había continuado estudiando matemáticas toda la mañana. Era muy responsable y le gustaba sacar buenas notas.

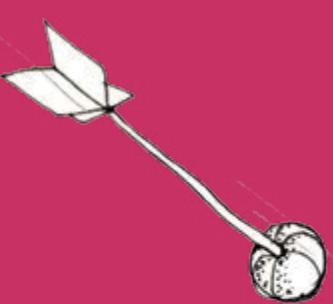


Su mamá, angustiada, lo convenció de acostarse y no seguir estudiando para el examen, ya que con fiebre no iría al colegio. Ella le dijo que conversaría con su maestra para que presentara el examen cualquier otro día.

Carlitos empezó a ponerse triste y a quejarse de que le dolía el cuerpo. Se acurrucó en su cama con su manta favorita, la estampada con carritos chocones de todos los colores. Se negó a comer su almuerzo a pesar de que era su plato favorito: pasta con pollo y mucho queso.

Su mamá le dio una pastilla para la fiebre, que tomó a regañadientes.

—Si no estás mejor para mañana, tendremos que ver al doctor —sentenció ella.



La mamá de Carlitos trabajaba todo el día en una fábrica y llamó por la ventana a la abuela (que, afortunadamente, vivía detrás de su casa) para que se viniera a cuidarlo el resto del día.

Al atardecer, Carlitos continuaba con fiebre alta y se quejaba de los dolores en todo el cuerpo.

La abuela, con un gran cariño, le dijo que le contaría un cuento. A él le encantaba escuchar sus historias porque trataban de aventuras fantásticas y disfrutaba soñando cómo realizaba esos viajes extraordinarios con su abuela.

—¿A dónde iremos esta vez? —preguntó Carlitos con entusiasmo.

—Hoy viajaremos dentro de tu cuerpo —dijo la abuela.

—¡Abuela!, ¿dentro de mi cuerpo?



—Sí —le contestó ella.

En ese momento la abuela tomó del escritorio un libro de biología y comenzó a decir que en el cuerpo suceden aventuras fantásticas que muy pocos conocen.

—¿Vamos a repasar alguna lección, abuela? —dijo Carlitos, intrigado al verla con el libro.

La abuela le explicó que cuando alguien se siente mal, se encienden inmediatamente dentro del cuerpo unas alarmas que anuncian la aparición de súperhéroes en miniatura, formando un ejército para atacar y vencer cualquier enfermedad.

Carlitos estaba tan sorprendido de lo que había escuchado, que no supo qué preguntar y la abuela continuó diciendo que esos



valientes y diminutos habitantes obtenían su fuerza del descanso y del buen humor.

Para Carlitos era difícil entender totalmente lo que había dicho la abuela. En su mente repasaba algunas cosas que ella había mencionado: ¿Habitantes diminutos... dentro del cuerpo... un ejército... su fuerza proviene del descanso y el buen humor?

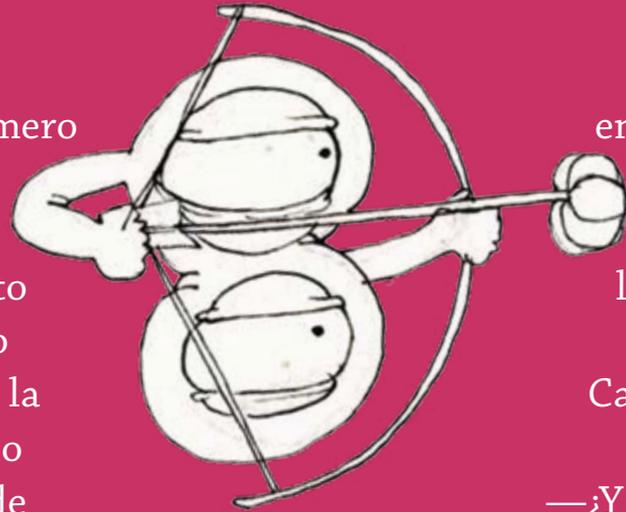
Ella le mostró una página del libro donde estaba un dibujo del cuerpo humano, para decir que esos guerreros formaban un ejército muy poderoso llamado “La Defensa Inmunológica”. En el cuerpo se desataba una gran batalla ante la aparición de cualquier dolor, malestar, inflamación, gripe u otra enfermedad.

Con gran curiosidad, Carlitos preguntó cómo eran esos guerreros y la abuela estaba bien preparada para responder: sacó del bolsillo de su vestido una bolsita de color rosado, que

contenía las fotos de los súperhéroes, y empezando por la foto número 1, le dijo:

—Este es el Comandante Linfocito T, el gran líder de tu ejército “La Defensa Inmunológica”. Él organiza las batallas en tu cuerpo contra cualquier enfermedad. Es muy inteligente y se graduó en la Universidad Glándula Timo, que se encuentra en tu pecho (señalándola en el libro). Allí aprendió técnicas avanzadas de reconocimiento e identificación de los invasores enemigos. Linfocito T se graduó con honores y se le hizo entrega de un enorme anillo de graduación que jamás se quita. Este anillo tiene un receptor poderoso que identifica a todos los enemigos que entran al cuerpo.

La abuela sacó otras dos fotos para mostrarle a Carlitos que los miembros de la familia Linfocitos T tienen el cuerpo con forma de número, que indica el tipo de



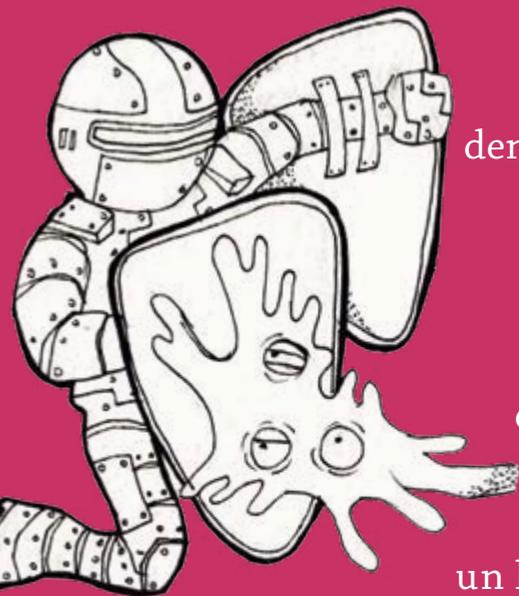
enemigos que atacarán. Así, los Linfocitos T4 están encargados de conducir al ejército para luchar contra los parásitos, las bacterias y los hongos. Los Linfocitos T8 actuarán contra los tumores y los virus.

Carlitos se quedó mirando las fotos con admiración y asombro:

—¿Y cómo pueden ellos vivir dentro de mi cuerpo, abuela? —preguntó.

Ella continuó diciendo:

—Este es el oficial Linfocito B que, al igual que Linfocito T, sabe reconocer a los invasores. Sin embargo, no es capaz de actuar por su cuenta y tiene que esperar las órdenes estrictas de Linfocito T. Linfocito B es familiar de Linfocito T y se graduó en la Universidad Médula Ósea.



—Abuela, ¿entonces ellos viven en mis huesos, caminan dentro de mi cuerpo, cómo es eso? —dijo Carlitos.

—Así es —dijo la abuela.

En su graduación, Linfocito B recibió honores especiales. Le entregaron una ballesta y un saquito de terciopelo verde, lleno de flechas afiladas con la punta en forma de calabaza. Estas flechas tienen en la punta un líquido de color verde fosforescente. En todas las batallas Linfocito B se encarga de marcar a los invasores (sin que estos se den cuenta), para que el resto de la tropa pueda identificarlos y así poder destruirlos. Además de marcar al enemigo con el líquido verde fosforescente, Linfocito B se encarga de comerse todas las bacterias que consiga a su paso.

Carlitos le quitó de las manos a la abuela una foto que llamó especialmente su atención, pues ese súperhéroe se parecía a un



robot. Se trataba del Guardián Polimorfo Nuclear, conocido como “El Robótico”, ya que es un guerrero que viste un traje metálico, indestructible y letal. A cada lado lleva enormes escudos para impedir y retrasar la invasión de los enemigos dentro del cuerpo.

La abuela comentó que Polimorfo Nuclear es el primero en aparecer y hacerle frente a la enfermedad que intenta instalarse en el cuerpo. De esta manera, le da tiempo al ejército para organizarse y luego poder realizar un ataque masivo. Es la primera línea de defensa del cuerpo contra la enfermedad; además, se come a los invasores más pequeños.

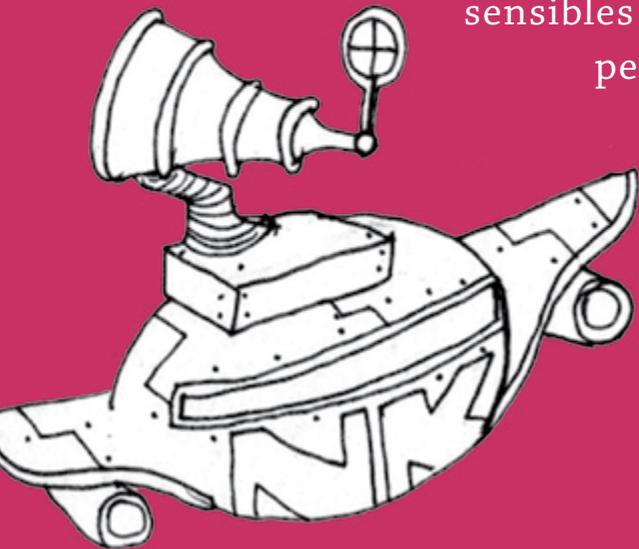
En la siguiente foto estaba el Sargento Macrófago, conocido también como “Bocotas”. A Carlitos le sorprendió el tamaño de sus dientes. Le fue muy fácil saber lo que hacía: comerse todas las sustancias extrañas e invasoras que eran marcadas por Linfocito B. En la foto, Macrófago aparecía montado en sus enormes camiones de basura. Era especialista en devorar a los invasores más grandes. Reconocer a “Bocotas”



era sencillo, pues era greñado y despeinado. Lo que muchos ignoran es que sus greñas son antenas receptoras, que delatan la ubicación exacta de todos los enemigos y esto le facilita trasladarse con sus camiones al lugar donde se encuentran, para limpiar y comerse los desechos.

Finalmente y sacando la última foto, la abuela le presentó a Carlitos la Legión NK: los “Natural Killer”. Son los que se encargan de fulminar tumores con un láser letal que llevan en su cabeza. Tan solo un contacto con cualquier tipo de tumor es suficiente para destruirlo.

Pero... la abuela advirtió que tenían un punto débil: son muy sensibles al estrés, la tristeza, el miedo, la duda, el pesimismo, el conflicto, y a todo lo que produjera preocupación y sufrimiento. Se debilitan, disminuyendo en número y en efectividad para destruir. Sin embargo, es muy fácil darles fuerzas a través de la relajación y con solo imaginarse que ellos son una tropa poderosa.

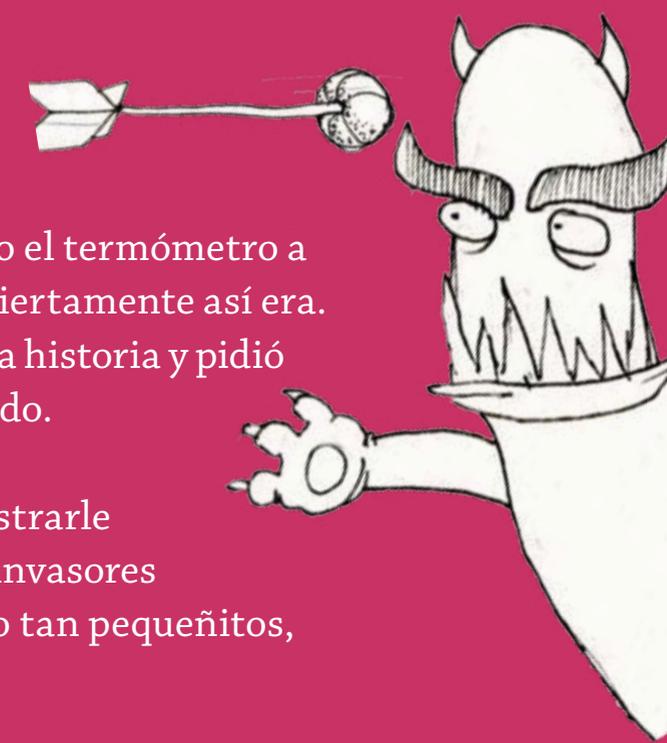
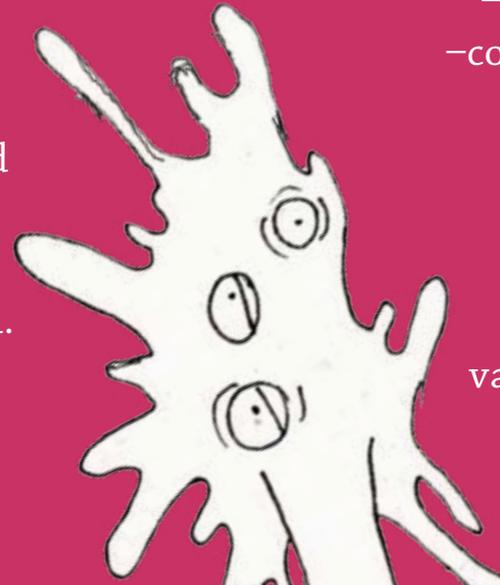


En ese momento la abuela le puso de nuevo el termómetro a Carlitos para saber si la fiebre había bajado, y ciertamente así era. Carlitos estaba ansioso por seguir escuchando la historia y pidió su almuerzo, ya que el hambre le había regresado.

La abuela pasó la página del libro para mostrarle unos monstruos muy feos. Eran algunos de los invasores enemigos del cuerpo. Aclaró que eran tan, pero tan pequeños, que solo podían verse con microscopios.

—Estoy segura de que has escuchado nombrar a algunos de ellos —comentó—. En esta página los puedes ver a todos.

Ella comenzó describiendo a los más escurridizos de todos: los virus. Tenían cara de bravos, cejas pobladas, dos cachitos en la cabeza y dientes afilados. Necesitaban infundir terror al ejército de la “La Defensa Inmunológica”. Los virus producen varias enfermedades, entre ellas, la gripe.



—Entonces yo debo tener virus, abuela —dijo con alarma Carlitos.

—Es posible, pero solo un médico podrá determinarlo —replicó ella.

—¿Y esos que parecen un huevo frito con cola larga y ojos brillosos? —preguntó Carlitos.

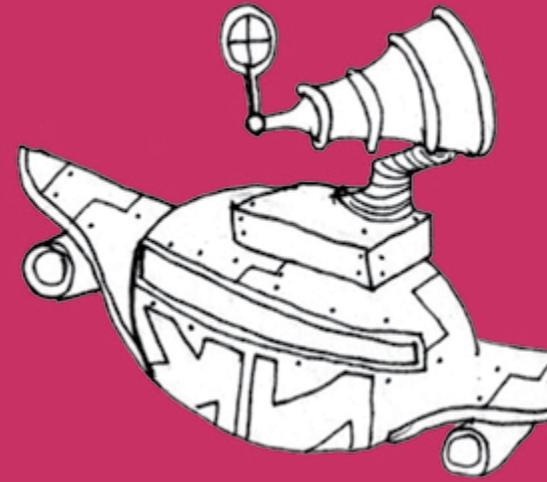
—Son las bacterias. Les encanta asustar, pero son pura bulla, ya que son las más miedosas. Esos de color verde sucio son los parásitos; tienen cara de buenecitos para engañar, usan lentes y parecen unas serpientes sin dientes, pues no mastican sino que tragan directamente y son los que pueden dar dolor de estómago. Estos gorditos con sombrero redondo son los hongos. Se las ingenian para estar en todas partes; a veces se instalan en la piel para producir picazón. Se la dan de guapetones, creyendo que una simple piquiña puede asustar; a ellos les fascina



intimidar con las ampollas. Pero estos no son todos los bichitos molestos, invasores, enemigos del cuerpo, que pueden amenazar la salud de cualquier persona. Por allí andan otros grupos, como son los gérmenes, los tumores, ciertas comidas como el polen y la clara de huevo, y en ocasiones los órganos trasplantados, que pueden crear problemas de salud cuando el cuerpo los rechaza.

Después de tomarse un vaso de agua y respirar, la abuela, en tono de misterio, se acercó a Carlitos y le preguntó si le gustaría ver en “vivo” una batalla del poderoso ejército inmunológico. Se hizo silencio...

La propuesta que hizo la abuela a continuación puede sorprender; acercándole una hoja de papel y los creyones, le pidió a Carlitos que dibujara una puerta abierta tal y como se la imaginara.





Desconcertado, lo hizo, y mientras la coloreaba sucedió algo inesperado: ambos desaparecieron de la habitación. Como por arte de magia habían entrado al cuerpo de Carlitos.



Entonces aparecieron en la sangre, dentro de una esfera flotante de color dorado y transparente. Se podía ver todo el interior del cuerpo desde cualquier ángulo. Lo primero que se le ocurrió a la abuela fue visitar las Bases de Operaciones del poderoso ejército “La Defensa Inmunológica”, pues allí se inicia todo.

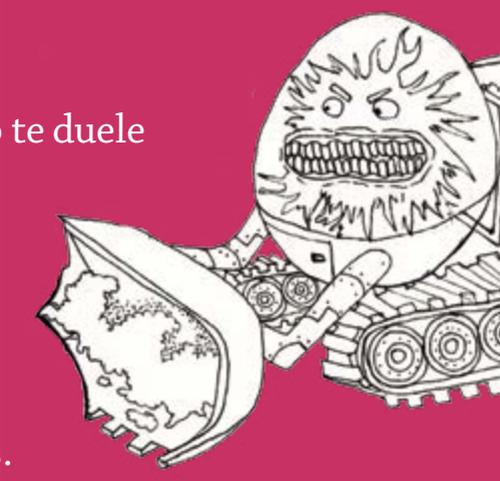
Recorrieron la red de ganglios linfáticos de todo el cuerpo, la base de operaciones más importante. Los ganglios linfáticos son parecidos a unas chocitas azules distribuidas por todo el cuerpo. La abuela las tenía marcadas en un mapa que llevaba en sus manos. Inmediatamente visitaron las otras bases ubicadas en el bazo, las amígdalas, las adenoides, y se supo que la piel era la base más extensa de todas.

Dentro del cuerpo no existe el tiempo y a medida que la abuela hablaba de la ubicación de las bases, iban apareciendo los diferentes órganos, uno tras otro, de manera instantánea.

Así, vieron a un grupo de virus que sigilosamente entraban como ladrones a un ganglio linfático cerca de la garganta; de inmediato la chocita azul más cercana creció tres veces su tamaño.

—¡Eso es una inflamación!—gritó la abuela—, por eso te duele la garganta. La batalla ya ha empezado.

En ese momento llegaron los Guardianes Polimorfo Nuclear y les hicieron frente a los invasores con sus enormes escudos de protección, mientras los Linfocitos T se multiplicaban en millones y millones. Claramente pudieron ver cómo se organizaba la tropa para realizar el ataque masivo contra los virus, que atacaban con todas sus fuerzas

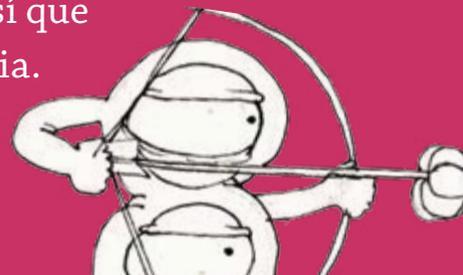


el cuerpo de Carlitos. La abuela dijo que la organización podía durar unos tres a cinco días, y que por eso daba gripe.

Los Linfocitos T8 (especialistas en destruir virus) son los comandantes de esta batalla. Ya estaban ubicados en todas las bases de operaciones, pues no se podía descuidar ninguna trinchera.

Carlitos comenzó a ponerse muy triste y empezó a llorar porque se sentía mal de nuevo. La abuela le explicó que los linfocitos estaban necesitando su energía y por eso tenía que hacer un esfuerzo por mantenerse tranquilo y con buena actitud. La batalla se estaba desarrollando.

—Cuando lloras, te pones triste, te quejas, te preocupas o sientes miedo; tus linfocitos se petrifican y se quedan inmóviles. Entonces tu ejército se paraliza y no puede defenderte de la enfermedad, así que respira profundamente y cálmate –dijo la abuela con insistencia.



Al comenzar Carlitos a calmarse, pudo ver cómo los Linfocitos T8 reanudaron la batalla. Cuando detectaban los virus daban la alerta a los Linfocitos B, quienes salían rápidamente a marcar con sus flechas cabeza de calabaza a los enemigos. Esto ocurría aceleradamente.

Todos los Linfocitos T usaron su red de informantes para comunicar las demás órdenes de defensa al resto de la tropa. Los virus estaban perdiendo la batalla.

En las filas de resistencia se encontraban Los Sargentos Macrófagos “Bocotas”, activados con sus camiones de basuras para limpiar el campo de batalla.

La abuela le comentó a Carlitos lo afortunado que era, pues tenía un sistema inmunológico extraordinario, ya que todos sus guerreros eran fuertes, letales y poderosos. Mencionó que una gripe era un malestar

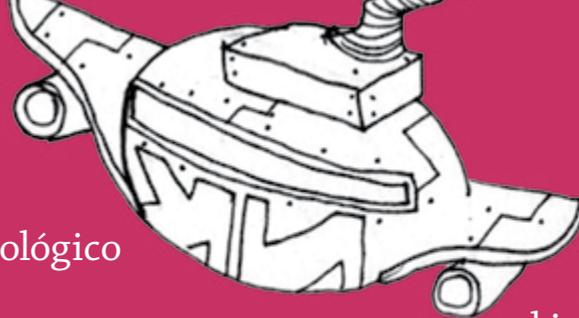
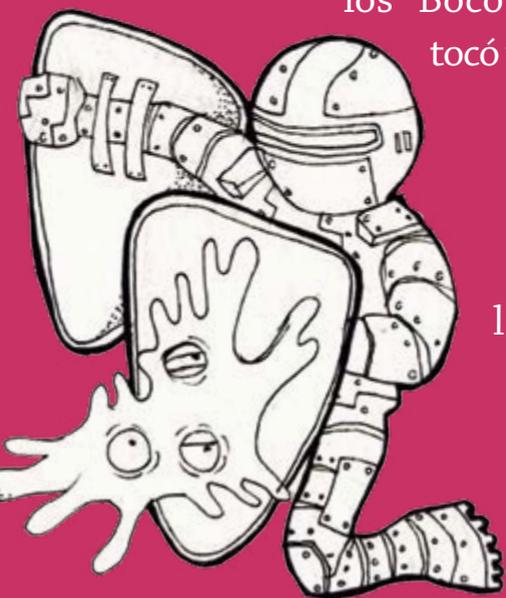


menor y que no era necesario preocuparse, ya que el ejército inmunológico se encargaría fácilmente de sanarlo.

—Pero hay otras enfermedades –dijo– en las que están presentes los tumores. En ese caso la Legión NK, los “Natural Killer”, se ocuparán de los enemigos luchando al lado de los Linfocitos T8, quienes usan muy buenas técnicas de combate; una de ellas se llama el “beso mortal”.

Finalmente, los virus quedaron totalmente derrotados. Cuando los “Bocotas” terminaron de limpiar todo el cuerpo, Linfocito T8 tocó una fanfarria final con su trompeta color púrpura, indicando que la batalla había terminado. Gritos de júbilo se escucharon por todos los rincones del cuerpo.

—Tus héroes regresan a casa para descansar –dijo la abuela y aplaudió.



En un instante desapareció la esfera dorada en la que ambos viajaron al interior del cuerpo, y de nuevo aparecieron en la habitación de Carlitos...

La abuela vio que Carlitos tenía mejor semblante y le dijo:

— Sentirse mejor significa que tu ejército inmunológico está finalizando la batalla.

—Tienes que hablar con mi mamá porque cuando tengo fiebre o me enfermo, ella se preocupa, se pone triste y se angustia. Ella no sabe que los linfocitos se petrifican, los “Natural Killer” no pueden trabajar, y el ejército ya no es capaz de defender al cuerpo de la enfermedad –respondió, pensativo, el niño.

La abuela puso una música relajante y comenzó a darle masajes en los pies al niño, y dijo:

—Ya sabes, la clave para hacer fuerte a tu ejército “La Defensa Inmunológica” está en sentirte tranquilo y pensar en cosas bonitas. Cuando estés quebrantado de salud solo tienes que creer que te vas a curar muy pronto y confiar, pues ya conociste en acción a tu poderoso ejército, el cual demostró ser capaz de vencer a todos los enemigos que amenazaron tu cuerpo con la enfermedad. Hablaré con tu mamá y tu papá cuando regresen, y les contaremos juntos esta historia para que, igual que tú, comprendan que la fiebre es una señal de tu cuerpo. Ella te avisa que tu ejército inmunológico está activo dando una batalla para recuperar la salud, y su fuerza depende principalmente de que todos se sientan confiados y tranquilos. Recuerda, la preocupación, la tristeza, la duda de que los tratamientos funcionen, la desconfianza hacia el médico, el pesimismo, la falta de fe, el estrés; todo eso ayuda a la enfermedad y debilita tu heroico ejército.





Filemón, el payaso del hospital

Tamara llevaba mucho tiempo hospitalizada. Con frecuencia la visitaban sus tíos, sus compañeritos del colegio y sus vecinos. Todos le llevaban regalos, libros de cuentos y su golosina favorita: chocolates con almendras.

Roberta, la hermana de su mamá, era su tía más querida. Trabajaba en la enfermería del hospital y todos los días, antes de irse a casa, pasaba a verla para contarle alguna historia de avestruces o dinosaurios, sus animales preferidos.

La tía Roberta estaba casada con el tío Filemón, quien era el payaso de hospital más divertido que se puedan imaginar.

Casi todos los días el tío Filemón visitaba las habitaciones del piso 7 para contar historias y jugar a las adivinanzas con todos los niños que estábamos allí.



Filemón tenía la nariz más grande que jamás se haya visto y sus zapatos multicolores eran enormes. Su chaqueta de parches parecía una cobija, era suave y esponjosa. A todos nos gustaba arroparnos con ella cuando nos la prestaba a ratos.

Lo más divertido del tío Filemón era su risa y las muecas que hacía con su cara, hasta hacernos reír a carcajadas.

Al llegar la tarde la enfermera de turno nos anunciaba que Filemón había llegado. Desde ese mismo momento comenzábamos a brincar de alegría, lanzando hacia el techo los globos de colores que adornaban la

sala grande. Allí estábamos quince niños; todos veníamos de las habitaciones de cuidados.

Recuerdo el día que me mudaron allí. Mi mamá y la tía Roberta brincaban muy contentas, porque pasar a esa sala quería decir que pronto uno estaría de regreso a casa. Solo me decían:

—¡Eres afortunada, eres afortunada!

Filemón visitaba a todos los niños: a los que estaban todavía en las habitaciones y a nosotros. Después de cada encuentro nos proponía alguna tarea, dibujar o escribir un cuento. Ese día nos pidió conversar con nuestro mejor amigo del hospital y contar historias.

Gabriel fue mi compañero de habitación. Todavía no había pasado a la sala grande. Siempre que le preguntaba a su mamá por él, ella lloraba.





Cuando compartíamos cuarto, Gabriel y yo nos divertíamos con los cuentos de su mamá. Él tenía ideas geniales y después de cada cuento hacíamos dibujos e inventábamos nuestras propias historias. Era mi mejor amigo.

Esa tarde decidí visitarlo, pues quería guardar su historia para contársela a Filemón. Al entrar en su habitación lo vi muy animado. Le pedí un tiempo para conversar y le pregunté sobre sus juguetes preferidos, sus sueños para cuando fuera grande, su mejor amigo de colegio, y por su mascota.

En ese momento entró la enfermera y le colocó una inyección.

—Imagina que no te dolerá —le dijo.



A mí me había funcionado cuando me inyectaban y sabía que a Gabriel también.

—¿Tamara, me voy a morir? —me preguntó.

Filemón, que estaba cerca de la puerta, escuchó la pregunta y entró de inmediato.

—¿Por qué estás diciendo eso, Gabriel? —le dijo.

Gabriel guardó silencio, lo miró con miedo y le pidió que no se lo dijera a su mamá. Filemón se acercó y repitió su pregunta:

—¿Por qué preguntas eso?

Entonces Gabriel nos dijo que su mamá lloraba todo el tiempo. Ella guardaba silencio y lloraba, sabía que algo malo sucedía y Gabriel se sentía culpable por el sufrimiento de su mamá.

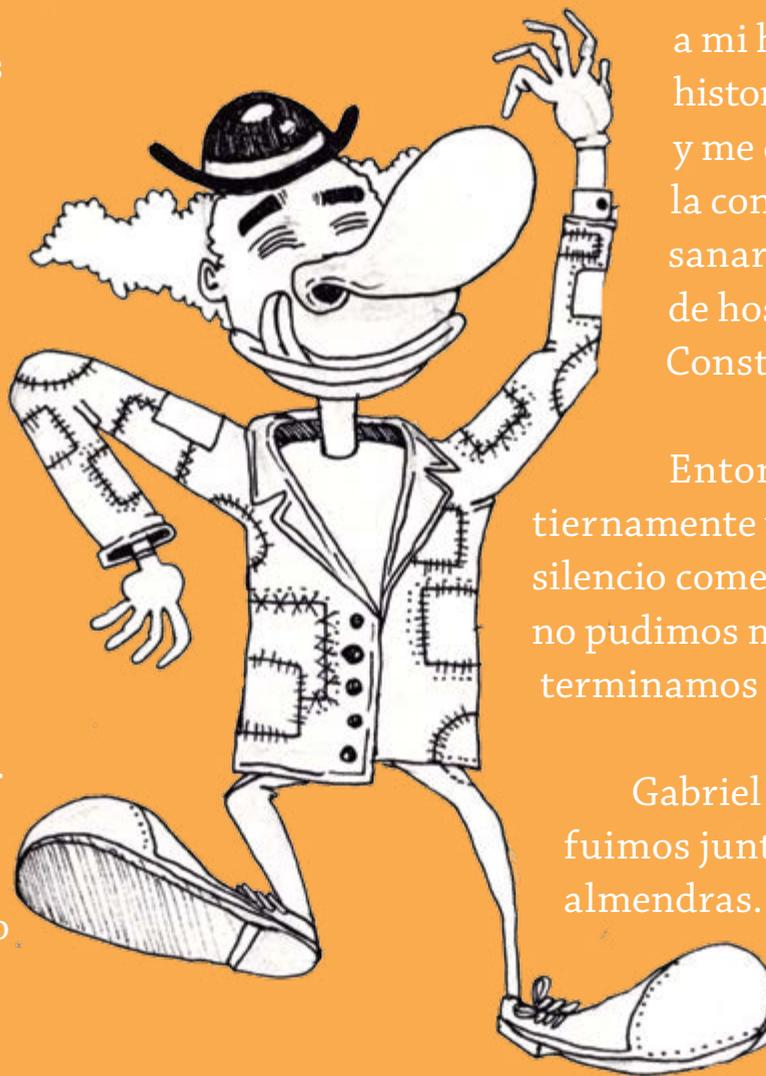
Filemón le dijo que a veces los mayores sienten miedo cuando sus seres queridos enferman, especialmente las madres, y que se olvidan de que pueden transmitir sus temores.

—¿Pero me voy a morir? —dijo de nuevo Gabriel.

—Algún día todos partiremos a otros horizontes. Algunos nos podemos ir viejecitos o más temprano. Eso no lo sabemos —respondió Filemón—. ¿Quieren saber por qué soy un payaso de hospital?

Y comenzó su historia:

—Cuando era muy pequeñito tuve una enfermedad muy rara y los médicos dijeron a mis padres que sería muy difícil que la superara. Estuve casi un año hospitalizado y mi madre lloraba todo el tiempo, esperando mi muerte. Mi abuela Constanza, que ya se fue al cielo, me amaba tanto que se negó a aceptarlo. Ella estaba esperando el milagro que me sanara y elevaba sus oraciones por mi salud; cuando entraba



a mi habitación orábamos juntos. Luego me contaba historias muy divertidas que me hacían reír a carcajadas y me decía que yo era un niño sano. Esa costumbre aún la conservo. Mi abuela me enseñó que la risa puede sanar y que la alegría es vida. Por eso me hice payaso de hospital, para hacer reír a los niños como mi abuela Constanza lo hizo conmigo.

Entonces Filemón cargó a Gabriel en sus brazos tiernamente y yo me senté a su lado. Después de un profundo silencio comenzó a decir trabalenguas muy difíciles y cuando no pudimos más con nuestras lenguas, empezamos a cantar y terminamos riéndonos hasta quedar sin aire.

Gabriel se animó y nos invitó a salir de su cuarto. Nos fuimos juntos a comer un enorme helado de chocolate con almendras. Ese también era su dulce preferido.

—¿Puedo utilizar la frase de tu abuela? —le preguntó Gabriel a Filemón.

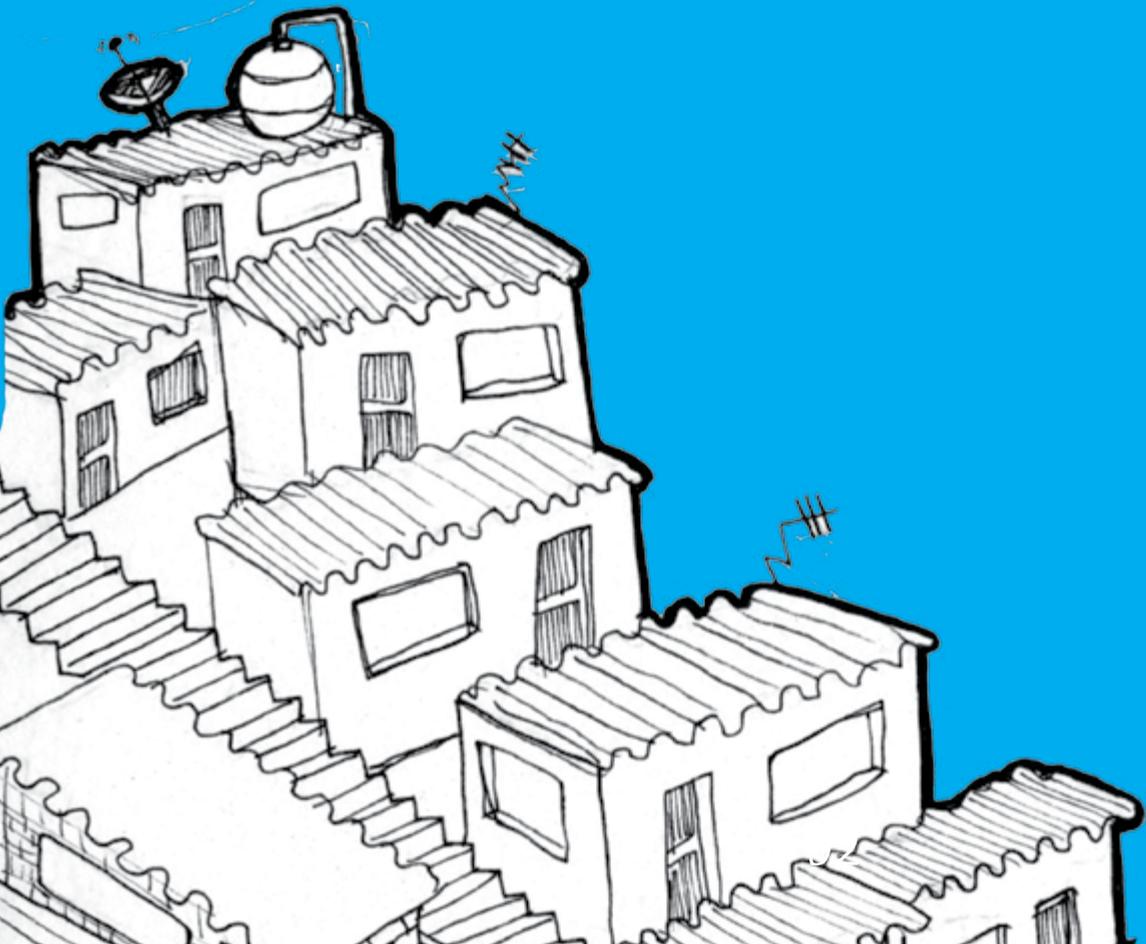
—Sí, es tuya —respondió.

Desde ese momento Gabriel estuvo repitiéndose que era un niño sano y en menos de un mes pasó a la sala grande; no transcurrió mucho tiempo para que ambos regresáramos a nuestras casas.

Para celebrar el regreso, nuestros padres hicieron una fiesta y en ella sorprendimos al tío Filemón con una canción titulada “Yo soy sano”. Él lloró durante toda la melodía y nos dijo:

—Puedo escuchar a la abuela Constanza. Siento que está muy feliz sabiendo que su frase vive en ustedes. La risa y la fe pueden sanar.





Índice

Página

El niño que visitó el cielo

7

Eriberto y Calandrielo

19

Miedo, el monstruo, o ¿quién dijo miedo?

31

Salmerón Zaperoco

39

Somos diferentes

45

Un regalo para Coqui

51

La Defensa Inmunológica, súperhéroes de tu cuerpo

61

Filemón, el payaso del hospital

83



EDICIÓN DIGITAL
DICIEMBRE DE 2016
CARACAS - VENEZUELA

Un regalo para Coqui y otros cuentos

Reúne una serie de historias donde la sanación y la alegría de vivir son los protagonistas. Entre ellas tenemos *Un regalo para Coqui*, la historia de un niño que antes de partir al cielo debe llevarse un regalo de sus amigos. *Eriberto y Calandrielo* son dos enormes caimanes que viven una saludable aventura en la Gran Sabana. *Salmerón Zaperoco* es la historia de un niño berrinchón. *Somos diferentes* nos muestra el valor de la diversidad. De esta manera, todos los cuentos guardan una enseñanza y poseen un mensaje para momentos difíciles en los que la enfermedad y las dificultades son el rostro del miedo.

Magdalena Calvo de Sosnowsky (Maiquetía, estado Vargas, 1956)

Ingeniera de Materiales, escritora, cuentacuentos y locutora radial. Graduada en la Universidad Simón Bolívar (1979), con maestría en Orientación Familiar (Universidad Santiago de Compostela, España, 2007). Desde muy temprana edad se interesó por el piano y como especializada en creación ha participado en varios talleres, entre ellos: *Producción y guiones de radio* (Icrea 2006), *Elaboración de guiones para TV* (Minci 2009), *Cómo contar cuentos* (Banco del Libro 2011), *Creación literaria infantil* (5.º Festival de Lectura de Chacao 2013), *Doblaje profesional* (Aliarts 2013). Ha desarrollado una importante labor en pro de la educación de la familia en numerosas instituciones educativas del país. Ha participado en la Filven (2012 y 2013) como cuentacuentos. Actualmente se dedica a la creación literaria.

Henry Rojas (Caracas, 1988)

Fotógrafo, ilustrador y muralista. Licenciado en Artes Plásticas, mención Artes Gráficas. En esta área ha desarrollado una investigación donde convergen diferentes disciplinas artísticas: pintura, ilustración, fotografía, gráfica tradicional, medios digitales y el grafiti, trascendiendo los formatos convencionales hacia un trabajo en constante actualización.

